

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 207

Documentos relativos a la proclamación de Fernando VII como rey de España

Ayer a las cinco de la mañana se anunció solemnemente en esta capital la plausibilísima noticia, que se participó en un papel suelto, cuyos pormenores se extenderán sucesivamente. Los nobles sentimientos de los mexicanos, merecen el universal aprecio de las naciones, y esto vamos a describir, para satisfacción de nuestros espíritus inflamados.

Con el grandioso anuncio de la artillería y repique general, se extendió el regocijo en todo el pueblo de esta capital, y concurrió en tropas a la frente del real palacio repitiendo sus vivas y aclamaciones al deseado FERNANDO VII, rey de España y de las Indias. El excelentísimo señor virrey salió al balcón, acompañado de varios señores ministros, militares y personas distinguidas, para recibir los vivas del noble y leal pueblo de México. Una unión notablemente desordenada de españoles, europeos y americanos, pedían a voces, que se repitiese la salva de la artillería y repique, como se ejecutó con universal aclamación, por orden del excelentísimo señor virrey. La naturaleza y la humanidad se veía en los semblantes de un pueblo inmenso, que no respira más que patriotismo, fidelidad y acendrado amor a su soberano. El mismo pueblo sacó la artillería para hacer la salva, y los vivas subían hasta el trono de la providencia, unidos con los más afectuosos votos por la prosperidad y felicidad de las armas españolas.

Cuando estaban en la fogosidad y entusiasmo de la salva, trajo una porción de pueblo el retrato del amable FERNANDO, y lo condujeron al real palacio, sin que la tropa pudiese poner en orden a la multitud. El señor oidor don José Arias Villafañe, y el alcalde ordinario de primer voto de esta nobilísima ciudad don José Juan Fagoaga, bajaron hasta el primer descanso de la escalera principal, para recibir el retrato, y lo condujeron en medio de

la multitud al excelentísimo señor virrey, quien lo recibió lleno del regocijo más fiel. Inmediatamente se adornó el balcón principal del real palacio, y se colocó el retrato; a consecuencia, dicho señor excelentísimo y demás ministros, unidos con los votos de este noble pueblo, manifestaron su júbilo tirando una porción considerable de pesos, que parece fueron dos mil, y lo mismo se repitió en la diputación, y por muchos particulares.

Así que estuvo un gran rato en el balcón el real retrato, lo pidió el pueblo, para pasearlo en triunfo por las calles de la ciudad. En efecto lo bajó el señor Villafañe, y otros señores de la corte, y lo entregaron al pueblo, y éste lo arrebató lleno de ternura, y bajo de palio lo llevó por todas las calles de esta capital; primero al arzobispado, en donde experimentaron igual acogida y demostración generosa del prelado, que hallándose indispuerto en cama, recibió algunos del pueblo, que le entraron el retrato del soberano, pidiéndole que le echase la bendición, y su ilustrísima les dio palabra de cantar la misa de gracias, a pesar de su quebrantada salud. Después continuaron por diversas calles, iglesias, conventos y parajes públicos, en medio de los vivas más patéticos, y hasta las mujeres, echaban al aire los pañuelos y basquiñas en señal de su regocijo *VIVA FERNANDO VII muera el emperador de los franceses*; esta es la expresión del patriotismo, este el desahogo de la lealtad mexicana, y éste el objeto de su anhelo, reuniendo sus votos al señor Dios de los ejércitos, que inflama nuestra fidelidad. Todo el día siguió la aclamación y los vivas; las alegrísimas, y sonoras campanas de la catedral, a discreción del pueblo, salieron de las reglas prescritas, y apenas suspendían un rato, cuando volvían a sonar a vuelo, y como ésta es señal de repique general, inmediatamente correspondían las de todas las torres y campanarios. En todos los templos se cantó el *Te Deum*, habiendo comenzado en la metrópoli con tanta concurrencia del pueblo y de la nobleza, que no había un lugar vacío en todo el templo. El ilustrísimo señor arzobispo celebró el santo sacrificio, y exhortó al

pueblo a confirmar la fidelidad que tiene tan manifestada. La ciudad toda se adornó con tapicería, y se ha puesto en las más partes el retrato del soberano aclamado. Las estatuas y retratos de Napoleón han sido abrasadas por el pueblo, arrebatado de su justo entusiasmo. Los corrillos que se juntaron en la plaza de armas, han mostrado su júbilo, formando contradanzas, y haciendo salvas con cohetes, y otras muestras de gozo.

A las doce del día se presentaron al real palacio más de seis mil hombres en tropa, militarmente ordenada, de paisanos europeos y americanos, repitiendo los vivas que recibía su excelencia desde su balcón. Otra igual tropa de todas clases del estado, se ordenó en la alameda poniéndose ramos verdes en los sombreros, y manifestando su regocijo.

Todo el pueblo así ordenado, concurrió a las cuatro de la tarde en número de dieciocho a veinte mil personas de todas clases, llevando en un estandarte el retrato del soberano bajo de palio. Muchos llevaban en el sombrero el mismo retrato en papel.

La iluminación de anoche ha sido universal y de todo costo, y seguirá estas dos noches siguientes, por orden de esta nobilísima ciudad. Apenas puede darse una idea de todo lo ocurrido en este día que puntualmente ha sido de San Prospero, y la barca que trajo la noticia es la Esperanza. Acaso la Divina Providencia nos pronuncia su adorable influjo. Baste decir que en muchos siglos no ha visto México un día semejante a éste, y que la proclamación del augusto FERNANDO VII, ha sido tan universal, y tan aplaudida de todo México, que no tendrá comparación en la posteridad. El excelentísimo señor virrey salió acompañado de su esposa para el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, para darle gracias de tan distinguido favor. El pueblo les siguió en numerosa multitud, y todo sigue con el mismo entusiasmo.

No hay una sola persona, en este inmenso pueblo, que no quisiera estar en este momento, unido a los ejércitos españoles, para oprimir con el fuego y la desolación, la perfidia cruel y sanguinaria del enemigo de la paz.

¡Gran dios: padre soberano de los pueblos en cuya mano reside la suerte de los reyes. Dios de los ejércitos, cuyo brazo omnipotente ha sido, es y será el apoyo y fortaleza del cristianismo, no desampares jamás a una nación, que confiesa humildemente tu santo nombre, que sostiene los derechos de la religión, como un tesoro infinito que tú mismo le has confiado para hacerla feliz, que clama por un soberano, que tú, o Dios justo, proteges como hechura de tus manos, y procura salvar a la patria que, sabe inmortalizar tu nombre aún en medio de la desolación. Dios fuerte, dios inmortal, en ti sólo confían las dos Españas, cual otro Israel; mira propicio nuestras armas, y nada temeremos, ni el abismo que se conjure contra nosotros.

Mexicanos: vosotros tenéis la feliz oportunidad de una augusta intercesora, cuya protección es infalible. En esa preciosa imagen de María Santísima de Guadalupe tenéis vinculada vuestra suerte. Ella ha prometido, que os oirá constantemente, continuad vuestras súplicas y votos, y contad desde luego con una victoria ilustre, que os hará felices.

(Diario de México de 30 de julio de 1808)

La agradable conmoción, que nos agitaba antes de ayer, como a todo buen español, en medio del júbilo, aclamaciones y alegría universal, la extensión de la ciudad y los muchos puntos que a un mismo tiempo llamaban la atención por todas, no permitían formar una relación exacta y completa de todas las ocurrencias, no pudiendo tampoco estar en todas partes. Sin embargo, sólo padecemos una equivocación notable, cual fue la de que el ilustrísimo señor arzobispo había celebrado en catedral el santo sacrificio, habiendo sólo

predicado. Extractaremos aquí otras ocurrencias notables, bastantemente comprobadas. Debe también aclararse, que aunque el señor Viliafañe, y alcalde primero bajaron por el retrato de su majestad y en efecto acompañaron, el que lo conducía, que era don Francisco Regato, vecino de Veracruz, no quiso privarse de la satisfacción de presentarlo al excelentísimo señor virrey, como lo hizo, diciendo: *señor aquí tiene vuestra excelencia a nuestro padre.*

El entusiasmo ha sido general, y sin excepción de personas. La tropa del paisanaje, ya llega a cincuenta mil hombres que llevan por escarapela el retrato del soberano, en papel; otros llevan sólo un VIVA; otros un gran rubro, que dice: *vasallos de Fernando, dispuestos a morir por la religión, por la patria, y por su rey.* Esta tropa comprende a todas las clases del estado. Los colegiales de todos los cuerpos llevaban en el bonete la escarapela; los religiosos de todas las religiones, especialmente de la militar orden de Nuestra Señora de la Merced, sacaron su estandarte con el real retrato, (estos cuerpos respetables se unieron en la alameda para manifestar sus regocijos). Los indios naturales, y aun los más ínfimos del pueblo claman por todos partes el precioso nombre de FERNANDO, y al oír el de Napoleón, quisieran todos trasportarse sobre el fuego de la venganza, para unirse con la valiente tropa española, y derramar hasta la última gota de su sangre por libertar a FERNANDO de este monstruo corcego. La obsecración y el oprobio se ha sustituido a el aprecio, que antes se había granjeado con la máscara de la hipocresía, que a tantos había alucinado.

Sin embargo de tanto alboroto, no se ha observado el más mínimo desorden, sin necesidad de patrullas¹ porque todo el mundo es militar. Anteanoche permanecieron

¹ Con este mismo orden se verificó la primera concurrencia del pueblo, anunciada ayer, número 1035, línea 34; pues aunque allí dice: *notablemente desordenada*, fue una errata de la precisión con que se formó el papel;

diversas tropas del paisanaje, en los puntos principales de la ciudad, sosteniendo el regocijo con juegos y músicas. Los individuos del juego de pelota de San Camilo sacaron un carro magnífico, que conducía el retrato del soberano con música militar; el carro era tirado por el pueblo, y un grande acompañamiento a caballo, con hachas de cera en la mano. A su imitación había otras tropas ocupadas en la misma celebridad.

En las esquinas principales de la ciudad, se han fijado varias piezas de poesía, proclamas e inscripciones con que se manifiesta el afecto, con todo el carácter de la sublimidad; a su tiempo daremos las de más mérito.

La casa del señor Conde de Santiago, que siempre ha sido singular en el aprecio y fidelidad a sus soberanos, se ha expresado en estos días con magnificencia. El real retrato estuvo colocado anteayer desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en uno de sus balcones principales, colocado al lado del real pendón sobre tapices de terciopelo, y cuando el pueblo ocurrió a la tarde por el retrato, el señor conde en persona, acompañado de sus hijos y familia, bajó para entregarlo.

Desahogado el inflamado amor, y fidelidad mexicana con el entusiasmo, que hemos indicado por no ser posible describirlo puntualmente, siguieron ayer las demostraciones solemnes, principiando con los repiques generales de campanas, ya en el orden y forma establecidas, como las salvas de artillería. A las nueve de la mañana se formó el real acuerdo, presidido por el excelentísimo señor virrey, el Tribunal de Cuentas y ministros generales de Real Hacienda, muy noble Ayuntamiento, Real y Pontificia Universidad, Real Tribunal del Consulado, el del protomedicato, y los gobernadores, alcaldes, y demás oficiales de justicia de las parcialidades de naturales, formando cuerpo, y de uniforme

debe leerse, *noblemente desordenada*, como en efecto se verificó en la dispersión de la alegría, y en la unión del fin. Todo hombre tenía un mismo objeto, y para aspirar a él, se mezcló el noble con el plebeyo, el eclesiástico con el militar, el viejo con el mozo, y todos respiraban lealtad, amor y regocijo.

grande.² Por la carrera, y con la pompa acostumbrada en las mayores solemnidades, llegó la comitiva a la catedral a las nueve y media; y aunque era inmenso el pueblo que había en toda la plaza, acaso no se habrá visto una concurrencia tan numerosa en este magnífico templo, que estaba adornado, iluminado, y servido como en las funciones de primera clase. Lo mismo fue la música, y demás circunstancias, que hicieron solemnísima la celebridad.

El pueblo siguió manifestando su lealtad, y regocijo en multitud, y variedad de festejos por tropas, rebosando de alegría, que sería imposible describir, ni numerar.

El teatro se esmeró antes de ayer, y ayer, con piezas escogidas de representado, caotado, y baile, habiendo salido a ejercitar sus sobresalientes habilidades los señores Luciano Cortés, y Juan Medina. Las salvas de la artillería, y los repiques confirman como el primer día, en que cesó el comercio, y todas las oficinas, y hasta los indios más pobres han parado de su trabajo, por entregarse al común regocijo. La naturaleza y el patriotismo son los principales agentes, son el común espíritu, son el móvil de todos y cada uno de los mexicanos. Los padres hacen a los pequeños hijos que proclamen a su rey aun con voz balbuciente y tierna. Las madres quisieran que llegase el punto dichoso en que poder ofrecer a los frutos de su amor por víctimas de la patria, y sepultarse primero en las ruinas de su hogar, que sujetarse a la esclavitud del monstruo de la ambición.

Para ésta tarde se ha citado la tropa del paisanaje, para ir en forma al santuario de María Santísima de Guadalupe, y ofrecer allí los cultos de la devoción inflamada, y darle gracias por la protección con que ha mirado nuestra causa librándonos de la esclavitud de un monstruo enemigo de la religión.

(Diario de México del 31 de julio de 1808)

² Casaca azul, centro de grana, todo con galón ancho de oro, y el sombrero también galoneado.

Si las ideas grandiosas de un pueblo fiel a su soberano, que animado de la religión, respira constantemente el afecto más sincero y más inflamado, que han visto los siglos, pudiera describirse con la pluma, aun no podría ésta figurar ni una sola sombra del entusiasmo de los mexicanos en las actuales circunstancias. Ayer ha sido el último día señalado para el público regocijo, que aún permanecerá en nuestros corazones fundado en la confianza que hemos llevado por norte, en la divina protección del señor Dios de los ejércitos. Si nuestros caros hermanos los españoles, se hallan actualmente libres del yugo más infame de la perfidia; si éste se ha depuesto del modo más valiente, más glorioso, más heroico, y más inaudito; si estamos palpando el adorable influjo de la divina omnipotencia, en que siempre ha confiado la cristianísima nación española, y en la que desde luego esperamos los resultados más felices.

Los mexicanos, llenos ya del espíritu y entusiasmo español, y más que todo confiados en la poderosa protección del señor Dios de los ejércitos, y en nuestra amabilísima protectora María Santísima de Guadalupe ¿cómo no hemos de regocijarnos, y llenarnos de júbilo? Ayer en efecto se ha visto en esta capital la expresión más insigne de su lealtad y amor al soberano. Por la mañana ocurrieron inmensas tropas de caballería e infantería al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en la forma que antes hemos anunciado, y allí ofreció el pueblo sus cultos, y acción de gracias a nuestra amabilísima protectora. Lo restante y principal de la tropa del paisanaje, que cada día toma más incremento, no verificó su romería a dicho santuario, porque el excelentísimo señor virrey mandó suspenderla hasta que se haya dispuesto en toda forma, y con toda la magnificencia que se requiere, prometiendo su excelencia que presidiría al pueblo, al tiempo de verificarse la romería, la que se participará al público oportunamente. Entretanto ayer tarde se juntó una tropa de paisanos de más de dos mil hombres de caballería con espada en mano, y

estandartes con el retrato del soberano, que acompañaron a su excelencia en un paseo magnífico, a cuya expectación concurrió una inmensa multitud de personas de uno y otro sexo. A su excelencia hacía la corte una lúcida porción de la nobleza, y al fin iba la excelentísima señora virreina en su carroza, complaciéndose con la inmensidad de VIVAS, a que correspondía con el pañuelo. A más de esta vistosa tropa del paisanaje europeo y americano, salió también la militar orden de Nuestra Señora de la Merced, conduciendo un magnífico carro, en que dos religiosos de los de más graduación, custodiaban con espada en mano el real retrato, los demás religiosos marchaban a la frente del carro, con espada, sombrero y banda, y acompañados de otra multitud de tropa secular, parte de ella con uniforme blanco y escapulario de la Merced. Con la misma magnificencia y orden salió el carro de los individuos del juego de pelota de San Camilo, y asimismo otras porciones de pueblo que se repartieron en tropas ordenadas por diversos puntos de la ciudad.

El regimiento del comercio sacó también su carro, y lo mismo otros cuerpos que no sabemos con individualidad.

A la noche siguió la iluminación con la misma magnificencia que el primer día, sin que absolutamente se notase el más mínimo desorden. Todo este leal pueblo que en sus actos de mayor regocijo por la libertad de los españoles, ha tenido presente a su amabilísimo soberano, queda aún con la inquietud y zozobra del éxito de su cautiverio, y quisiera hallarse en la feliz circunstancia de comprar con su sangre la libertad de su FERNANDO SÉPTIMO a quien aman con la mayor ternura y fidelidad.

Sí, nobilísima México, ya has visto, esa preciosa unión de europeos y americanos contribuir con todo su esfuerzo al común regocijo por la libertad de nuestros hermanos; has visto, que aun el más triste y abatido de la plebe se ha exaltado en estos días, se ha llenado

de un noble entusiasmo, y ha contribuido al regocijo público, con el afecto más sincero, más noble, y más natural.

¡He mexicanos! tened presente que sola la virtud es la que puede dar nobleza y valimiento a vuestras acciones. Si vosotros no podéis satisfacer vuestra lealtad y valor con presentaros a la frente del enemigo, para vengar la perfidia cometida contra vuestro soberano y vuestra nación, tenéis lo principal en vuestros votos y plegarias al señor Dios de los ejércitos, y a vuestra augusta y amable protectora María Santísima de Guadalupe. Purificad vuestra alma, y clamad día y noche, ante el propiciatorio del Altísimo.

Ministros de la Iglesia, esforzad el influjo de la religión, para multiplicar los votos de ese pueblo cristiano; recibidlos después como cristos de la tierra, y uniéndolos con la víctima inmaculada, presentadlos ante el trono del dios de Isaac, de Jacob, de nuestros padres, cuyo augusto poder salvó tantas veces a su caro pueblo del furor de sus enemigos. Jóvenes: si vuestro noble esfuerzo está resuelto a sostener con ardor los derechos de la religión, honradla con el vencimiento de vosotros mismos, y desde luego podéis contar con que vosotros contribuís a una victoria universal. Si, Dios fuerte, tan amable y propicio para los que te aman y temen, como terrible y justiciero, para los que te niegan con sus crímenes, tu bien conoces nuestra confianza únicamente fundada en tu poder, tu santo nombre será siempre nuestra arma invencible, y de ti esperamos la victoria.

(Diario de México del 1º de agosto de 1808)

SONETOS IRREGULARES

El nombre gachupín queda extinguido,
 el de criollo también es sepultado,
 el del indio y demás, ya no es mentado

cuando en FERNANDO todos se han unido.

Unánimes por él hemos gemido,
 por su causa inocente hemos rogado,
 formando un cuerpo en todo tan aunado,
 que maridaje tal ha confundido.

Admirándonos más, que en lo alocado
 del gozo en que han estado aquestos días,
 el lépero más ruin no se ha embriagado;
 desgracia no se ha visto, ni porfías;
 casa de rico o pobre, no han robado,
 ¡esto si es no violar las alegrías!
 en lo que advertirás joven FERNANDO,
 cuanto todos te estamos venerando.

En las tropas de VIVAS que han formado
 con el plebeyo el noble se enlazaba;
 la vanidad, el rico la dejaba
 yendo con el más pobre lado a lado;

Con el necio insipiente el decorado
 eclesiástico docto, igual gritaba;
 VIVA FERNANDO, VIVA, y no le obstaba
 a acompañar a un indio enfrazado

¡Oh virtud del amor tan excelente!
 ¿y tal cosa sin ti, quién la creyera?

más eres de verdad deidad potente,
ni menos la violencia tan ligera,
con que carros y montes prontamente
hemos visto salir a la carrera,
con adorno tan bello por lúcido,
que parecía con tiempo prevenido.

Señor Editor. Deseando satisfacer el deseo que manifiestan los mismos mexicanos, de saber el por menor de los sucesos de estos tres días, he tomado la pluma, apartando la consideración de que puedo aventurar mi trabajo; asegurando a usted que aunque por genio y por mi destino, tengo una vida sedentaria y retirada de todo bullicio, me he visto esta ocasión precisado a recorrer casi todos los puntos de la ciudad, donde se hacía alguna cosa de consideración, sin sentir hasta hoy la gran fatiga que esto debió causarme. Lo que voy pues a decir, pide una relación sencilla, tanto por aligerar, cuanto porque no se necesitan colores prestados, para retratar el entusiasmo de este leal y fidelísimo pueblo.

Ya se sabe que desde las noticias anteriores de las violentas renunciaciones de los reyes en el emperador de los franceses, fue tanta la conmoción de los ánimos, que todos ofrecían valerosamente sus vidas en defensa de la religión y de éstos sus dominios, fijándose diariamente carteles y proclamas, que exaltaban tan nobles sentimientos. En tal estado nos hallábamos, cuando al amanecer del día 29, oímos los solemnísimos repiques y salva de la artillería, que nos anunciaba cosas halagüeñas, y cada uno formaba sus cómputos, hasta que saliendo a las calles, se encontraba con los papelones de aviso fijados, que enteraban de los motivos ciertos.

Cuando yo salí de la mía, para dirigirme como los demás a la plaza de armas, encontré varios pelotones de gente, que preguntaban ¿dónde se encontrarían retratos de Bonaparte? y con la razón que se les daba partían ligeramente a sacarlos de las casas, sin que se sepa hubieran cometido ningún género de violencia para extraerlos. Siguiendo mi camino, ya encontré el retrato de FERNANDO VII, colocado en el balcón principal del palacio, y al excelentísimo señor virrey con algunos otros señores ministros y personas condecoradas, llenos todos del mayor regocijo, tirando su excelencia monedas, en los términos que se dijo anteayer, y quitando después por su mano el retrato, para que se entregara al pueblo, que lo había llevado bajo de un palio, que tomó de la iglesia del Espíritu Santo; habiendo sacado el retrato de la casa de don Ramón Blasio, donde atropó la gente para pedirlo, y dicho Blasio lo entregó lleno de satisfacción, como que se ha singularizado en el efecto, desde el día de Corpus, que expuso al público el real retrato.

La artillería permaneció en la calle, pedida y sacada segunda vez por el paisanaje, haciendo una salva continua de infinitos cañonazos, con la circunstancia de que los mismos paisanos atacaban y prendían fuego a los cañones. Salido el retrato del real palacio se encaminó el gran concurso a las casas arzobispales, donde encontraron los que pudieron, y salieron inmediatamente con el retrato a los balcones, instando al ilustrísimo señor arzobispo, que se hallaba enfermo en cama, saliese a cantar el *Te Deum* como ofreció hacerlo, mandando con los mismos del pueblo a prevenirlo. Aquí se tiraron también sus monedas, y se encaminó el retrato en medio de VIVAS y aclamaciones de las gentes de todas clases, cuyo número iba creciendo por momentos, de modo que se llevaba la imagen de nuestro soberano a la iglesia catedral con suma lentitud a causa del gentío.

Llegada que fue al cementerio, como viesan que no repicaban sin embargo de que el pueblo hacía señas para ello se destacó un pelotón, que forzó la puerta de la torre, y no

habría llegado a la mitad de ella, cuando en ambas torres se soltó el repique más solemne que se ha oído con todas sus campanas y esquilas, a que correspondieron las demás iglesias, como lo habían estado haciendo en los repiques anteriores. Se abrieron todas las puertas de la catedral, se pidió en su sacristía un buen paño de terciopelo carmesí, para hacer una especie de estandarte en que colocar el retrato, que hasta entonces se había llevado en una vara; se hizo colocar un dosel en el altar mayor, donde se puso la imagen, de FERNANDO; se dijo la misa, se cantó el *Te Deum*, y el señor arzobispo con muchas lágrimas elogió la lealtad y fidelidad del pueblo, concluyendo con una patética exhortación a derramar la sangre en defensa de la religión, y del amable FERNANDO, cuyas prendas refirió brevemente con particular emoción; a lo que contestó el pueblo a voces y con entusiasmo, que estaba pronto y muy dispuesto a todo esto.

Antes de pasar adelante, es necesario decir lo que sucedía entre tanto en la plaza de armas y en el resto de la ciudad. Desde las primeras horas de la mañana se convino todo el comercio bajo la pena de 200 pesos, en cerrar todas las tiendas, aunque no era necesaria tal pena, porque con toda voluntad dejaron de abrir; asimismo el pueblo hizo cerrar todas las vinaterías, oyéndose decir a todos, que no querían se atribuyesen jamás estas acciones a efectos de ebriedad, y realmente no se ha notado tal cosa en la plebe; y las tabernas por voluntad, o fuerza fueron cerradas, a excepción de una, en atención a que suplicó su dueño le permitieran dar refrescos de ponches y sangrías, a los que pidiesen, sin interés ni estipendio alguno como lo verificó consumiendo sus barriles.

Por todas las esquinas se ponían papelones, carteles, proclamas, versos, y bien temprano ya corrían de mano en mano los impresos de las noticias de Veracruz, cuyas primeras palabras son VIVA FERNANDO. Yo ví fijar un soneto, tan bien hecho, que parecía increíble se hubiese formado en minutos. En la esquina del portal leí una proclama

de tres párrafos, tan bien cortada, y de tan buen pensamiento, que merece muchos elogios el que con tanta gracia se burló de habernos sacado los franceses el asador de Francisco I. Pero ¿quién sería capaz de leer todos los papeles que cubrían las esquinas de provincia, de Palacio, del Portal, del Empedradillo, del Parían, de la calle de Plateros, San Francisco, y etcétera?

En esto ya venía por la calle de San Francisco una larga procesión de estandartes y banderas de diversos colores, que terminaba con el retrato de FERNANDO, bajo de palio, escoltado por los Dragones de Patzcuaro, el cual se paseó por delante del palacio y después se metió adentro, y se paseó igualmente en medio de mil vivas. Otra menor procesión que traía otro retrato de nuestro REY FERNANDO, por el puente de palacio, se dirigió a la Casa de Moneda en cuyos balcones se colocó, se tiraron monedas, se proclamó con particular entusiasmo, y se volvió a entregar al pueblo.

(Diario de México de 5 de agosto de 1808)

Entre tanto el comercio, los colegiales de San Ildefonso, seminario, letras y otras innumerables personas habían entrado a la alameda, donde cortaron ramos, que se pusieron por divisa, se formaron en filas tomaron tambores y música de los regimientos, después de haber bailado en la alameda, y se condujeron por la calle de San Francisco al real palacio, agregando a las filas todas las personas de viso y de la plebe, que querían, de manera que cuando pasaron por el frente de palacio, a cuyos balcones se asomaron los excelntísimos señores virreyes, ya iban en las filas toda clase de personas, incluso clérigos y religiosos, que marcharon con los demás.

Antes se había llevado a las casas de cabildo un retrato de nuestro amado FERNANDO, que recibió la nobilísima ciudad lo colocó en uno de sus balcones, lo

proclamó, tiró monedas, y se asomó el doctor don Manuel Ramírez a decir una elocuente arenga, que terminó con innumerables aclamaciones y vivas, volviendo el pueblo a tomar su FERNANDO para seguir su carrera. En la plaza de armas se colocó otra música de regimiento, y se bailaron contradanzas, a cuyas figuras se les daban los nombres de unión, de lealtad y otros análogos a las circunstancias, gritando el pueblo a cada pausa, VIVAS A FERNANDO.

Por todas partes se oían VIVAS, todos los balcones estaban colgados, en todos había gentes asomadas a ellos, y era digno de verse, los sombreros tirados por lo alto, el palmoteo de todos los de los balcones, el movimiento de los pañuelos y chales de las señoras, y el regocijo, con que correspondían los de arriba a los de abajo. Por todas partes sonaban tambores y músicas; la tropa de la guardia de palacio, del principal, y demás vivaques, ya batía marcha, ya presentaba las armas al retrato del soberano, ya se estaba descansando sobre las armas, ya se destacaban soldados para escoltar. Las campanas de todas las iglesias se repicaban con todas sus esquilas a cada momento, y particularmente cuando pasaba el retrato de FERNANDO, y el pueblo formado. Últimamente, cuando bien tarde se retiraron las gentes a sus casas al medio día, ya llevaban el retrato de su amadísimo FERNANDO en los sombreros, que fue una de las divisas con que han continuado en los días siguientes, ya tan adornados que con nada se satisfacen. He visto varios que lo traen al pecho en un buen marco con vidriera, laureles, y etcétera.

A las tres de la tarde ya estaba el palio en la puerta de la casa del señor conde de Santiago, en cuyos balcones se había colocado el retrato de nuestro rey Fernando, y dentro de poco fueron llegando las tropas del paisanaje con tambores, músicas, y banderas en medio de innumerables espectadores. Apenas comenzaba a llegar esta procesión por el puente de palacio, cuando se asomaron los excelentísimos señores virreyes por los balcones

del baluarte, llenos del regocijo, que merece expresarse por capítulo separado. Allí se agolpó la gente, gritando con fuerza y energía: VIVA FERNANDO, *muera Napoleón*; correspondiendo a los VIVAS los señores virreyes con tales demostraciones, que el señor virrey no encontrando ya que hacerse, arrojó al pueblo el pañuelo que tenía en la mano, y la señora virreina su abanico, con lo que se redobló la festiva algazara.

(Diario de México de 6 de agosto de 1808)

Después pasaron sus excelencias a uno de los balcones principales, para ver pasar la dilatada procesión, dando al señor virrey con la mayor eficacia las órdenes convenientes, para que no causara daño la artillería, que se había sacado toda, y se dispararon innumerables cañonazos por los paisanos, del modo que se dijo en la mañana. No aventuraré mis proposiciones sobre el número de hombres, que marchaban, pero hay quien aseguro haber pasado de 20,000 todos los cuales se dirigieron por la calle de San Francisco con sus músicas, tambores, en medio de mil vivas, de un repique universal, de las marchas que batía la tropa al pasar por las guardias, y escoltado de dragones el retrato del rey.

Por toda la carrera hacían bajar de las casas y de los coches a los conocidos, para que entraran en las filas, con la expresión de *venga usted a honrarse*, lo que aumentó considerablemente el número de éstas, que se componían de personas de todas clases y condiciones; clérigos, religiosos, títulos, colegiales, militares, abogados, comerciantes, artesanos, y también gentes de la plebe. Entraron en la iglesia de San Francisco todos los que cupieron, y puesto el retrato de FERNANDO en un dosel, que estaba preparado, se cantó con todo aparato y magnificencia el *Te Deum*.

Concluido este acto, se dirigieron a la alameda por el mismo orden, gritando mil VIVAS, a que correspondían todos los de los coches, y de los balcones con voces y señas

de los pañuelos, notándose que ya en los más balcones, estaba colocado el retrato de FERNANDO, y desde ellos ministraban las señoras alfileres a todos los que pedían, para afianzar en sus sombreros los retratos, que por toda la carrera se expendían, y fue una de las divisas de los días siguientes. Así se concluyó aquella festiva tarde, volviendo la tropa del paisanaje al punto de reunión, que lo era la plaza de armas, a tiempo que los excelentísimos señores virreyes habían vuelto del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, a donde por la tarde se habían encaminado a dar gracias a la santísima virgen.

Luego que obscureció se iluminó completamente el real palacio, plaza de armas, iglesia catedral, casas de Ayuntamiento, de la moneda, y en una palabra en todo México se vio la iluminación más cabal, apareciendo por diversas calles tropas del paisanaje con innumerables hachas de viento, y paseando por la primera vez, el carro de los del juego de la pelota iluminado con cera. La música del carro, y las demás repartidas, junto con el sonido de las cajas y los incesantes repiques, causaban un particular regocijo.

Duraron casi toda la noche los vivas, los tambores, las músicas, los bailes en la plaza de armas, el tablado, que se puso con el retrato de FERNANDO en la calle del Coliseo, cuidándose con esmero de que todos pasasen por allí destocados; pero una de las cosas que debió llamar la atención fue la función del teatro. Estaban separados de éste el famoso actor señor Luciano Cortés, y el mejor maestro de bailes que hemos tenido en ésta corte señor Juan Medina, con palabra que había dado éste a su mujer, de no volver a pisar las tablas, más en esa noche se presentaron ambos; sin que mediara interés alguno, según se dice generalmente, a desempeñar las piezas en que más han lucido sus habilidades.

Muy temprano ya estaba lleno el coliseo, y llegada la hora de comenzar la comedia, se levantó un grito universal, de que se colocara el retrato de FERNANDO, y como viesan que se trataba de adornar uno de los lados para ponerlo, dijeron todos a una voz, que se

pusiera en medio, a lo que fue preciso acceder, preparando las cuerdas para elevarlo, luego que llegase. No se había traído aún, cuando se levantó el telón para comenzar la comedia, pero lo hicieron bajar al punto, porque no querían que comenzase la función sin tener a la vista a su amado FERNANDO, y fue necesario exponer la lentitud con que caminaba el retrato a causa del inmenso concurso, para que convinieran en que se diera principio a la representación.

Es ocioso explayarse sobre la iluminación del patio y teatro, esmero de los actores, y demás cosas semejantes, que deben suponerse, más no debe omitirse su emoción y el entusiasmo, con que se escucharon y se aplaudieron los zorcicos análogos a las circunstancias, y compuestos aquel día, que cantaron los señores Dolores Munguia, Andres Castillo, y Victorio Rocamora. Sería bueno imprimirlos para complemento de esta relación, más por ahora sólo diremos que cada estrofa era celebrada con los vivas, con los pañuelos, y con las onzas, acompañando la excelentísima señora virreina estas demostraciones, y dejándose conocer, el júbilo en el semblante del excelentísimo señor virrey. La función se acabó cerca de las doce de la noche, sin embargo de que se omitió el sainete; y en todo el resto no hubo barrio de la ciudad, en que faltaran los instrumentos de música, cantos, bailes, e iluminaciones.

En el día siguiente, sábado 30 de julio, destinado para la solemnísima misa de gracias de que se dijo en el número 1,036, se hizo con pompa y magnificencia la función en la santa iglesia catedral con un grande concurso y salva de la artillería, que dispararon los paisanos. Ya que se estaba acabando la misa se acercó por el real palacio el paisanaje armado, y se condujo a la puerta, que llaman de los canónigos, por donde iba a salir la señora virreina, cuyo coche pasó por en medio de aquella gente que estaba tendida en dos alas, y otra porción con infinidad de pueblo, y el estandarte se llevó a la señora virreina con

mil VIVAS por la calle del Arzobispado, Moneda, Parque; hasta salir por el puente de palacio, entrar en el patio y subir algunos las escaleras detrás de su excelencia quien recibió y correspondió estas demostraciones con extraordinaria amabilidad.

Por la tarde hubo un gran concurso en la alameda y paseo, con un gran golpe de música de viento, en la glorieta principal de este último, donde se bailaban contradanzas por varios del comercio, y el paisanaje armado andaba repartido por todos estos puntos en varios trozos; ya sólo con la divisa del retrato de FERNANDO, si no con motes y versos impresos, con un número siete, con las iniciales V. F. VII, uno de los motes decía: *soy vasallo fiel de Fernando, y por él daré la última gota de mi sangre*. Este mismo pensamiento estaba en un terceto, y eran innumerables los vivas con letras grandes.

(Diario de México de 7 de agosto de 1808)

Por la noche se volvió a iluminar todo México en los términos que el día anterior, salió el carro de los del juego de pelota, se continuaron los bailes, músicas y etcéteras y se vio por la primera vez una pequeña tropa de mujeres, vestidas de blanco con sus chales atravesados, y marchando en filas. La función de teatro fue semejante a la otra, aunque con la falta de Medina, que se había enfermado; hicieron repetir los zorcicos, que se aplaudieron del mismo modo: estuvo colocado desde el principio de la función el retrato de FERNANDO en un decente estandarte, según se había conducido aquel día por las calles.

(Diario de México de 8 de agosto de 1808)

El domingo por la mañana varios trozos de gente marchaban al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe con sus cajas marciales, seguidos de muchos coches y personas de a pie, fuera de las muchas que estaban esperando en la villa. Por todas las iglesias del tránsito se

les repicaba a vuelta de esquila, y en todos los cuerpos de guardia salía la tropa a descansar sobre las armas. Luego que se avistaron los primeros trozos se les repicó a vuelta de esquila en la colegiata, saliendo después el señor abad de ella doctor don Francisco Cisneros a decirles la misa, que oyeron al estilo militar, y a son de cajas en los tiempos correspondientes del sacrificio, el cual acabado, hizo una patética exhortación el doctor y ministro don José Julio Torres, que asistió a la misa en el presbiterio.

Concluida llegó la tropa de mujeres, que se recibió también a vuelta de esquila, y los demás trozos de gente, que oyeron la misa cantada, hicieron un corto rodeo por la villa, y se volvieron alabando a la Santísima Virgen, con un estandarte, en que estaba colocada la Santa Imagen y llevaba un respetable eclesiástico. Parte de la calzada se veía ocupada de coches, y en todas las iglesias se volvió a repicar según pasaban los que volvían de la romería.

A las doce pasó marchando por delante del palacio la tropa del paisanaje, que no había ido en romería con varias filas de soldados del regimiento urbano del comercio, y dirigidos todos por un sargento de este regimiento, hicieron sus formaciones en las que se leía este letrero: VIVA FERNANDO SÉPTIMO.

Mas lo que debió causar pasmo, fue la tarde de este día. A las tres estaban llenas las calles de todos los que se conducían a la alameda y paseo de Bucareli; era asombroso el número de coches, y considerablemente aumentada la infantería del paisanaje con las insignias y escarapelas ya referidas, y entre ellas éste otro mote: *La unión y la hermandad hacen la fuerza invencible*. Las filas iban mejor ordenadas, guardando sus correspondientes distancias, y muchos con sable o espada en mano, dirigidos por oficiales de los regimientos que están de guarnición. La caballería con el estandarte de FERNANDO fue bastante lucida, y todos se dirigieron por la calle de San Francisco a la alameda y paseo de Bucareli.

En éste se formó en dos alas la caballería, para que pasase el excelentísimo señor virrey, que quiso salir a caballo sin embargo de sentirse enfermo, y tras de su escolta se volvió a formar la caballería en filas, entre las cuales y seguida de otras fue la excelentísima señora virreina en su coche de gala, correspondiendo a los innumerables VIVAS del pueblo. Después caminaba la barca que nombraban Esperanza, por la que trajo éstas noticias, con sus correspondientes palos, velamen, cañones y tripulación, haciendo continuo fuego la artillería de la barca, a la cual seguían cuatro o cinco carros con música de cuerda y de viento de que ya se ha dado noticia en los diarios, siendo el último el de los religiosos de Nuestra Señora de la Merced, que llevaba el retrato de FERNANDO en un marco de plata.

Era tanto el gentío en el paseo nuevo de Bucareli, y tanto el número de coches, que no se esperaba ver una alma en la alameda, pero caminando para ella se veía tan completa de carrozas y de gente de a pie, que con dificultad se podía andar en ella. Sin embargo de esto aún había un gran concurso en toda la carrera hasta la plaza de armas fuera de las innumerables personas, que estaban asomadas a los balcones, y no faltó gente en otros puntos de la ciudad.

Rara persona se hallaba sin la insignia del retrato, mote, viva o número 7, y varias llevaban este número en los sombreros o al pecho de piedras montadas. Algunos vendedores traían en figuritas de cera bien trabajadas, varios de los pasajes acontecidos en estos días. Las fuentes de la alameda corrieron todas, y un número crecido de vendimias estaba repartido con proporción.

A las seis y cuarto de la tarde pasó por delante del real palacio un barco que trajeron los naturales de Coyoacan y San Agustín de las Cuevas, conducido por más de cuatro mil hombres, y escoltado por una comitiva de vecinos de aquellos pueblos que venían a caballo.

Los gobernadores, que dentro del mismo carro custodiaban el retrato de nuestro monarca, traían hachas en las manos, con que se iluminaba.

La función del teatro fue igual a los dos días anteriores, y en esta noche se cantaron unas boleras con asunto del día, por los señores Inés García y Andrés del Castillo, que fueron bastante celebrados. La iluminación, música, y demás por las calles, fue con mayor concurrencia; el retrato de nuestro soberano de la calle del Coliseo, se colocó sobre una columna de luz; y el del teatro estaba en un ovalo bien adornado.

Delante de aquel retrato o de otro, dicen que se paro una vieja, y llena de entusiasmo, como si tuviera presente al original, le dirigió las siguientes palabras: *rey mío: amabilísimo Fernando, ¡cuantos trabajos has padecido desde tu infancia! yo, señor, te pronostico que has de ser un rey santo.* Se cuenta de un pelotón de zaragates, que viendo a un compañero suyo robar un pañuelo, se lo arrebataron para volverlo a su dueño, diciendo: *hoy no es día de robar, sino de gritar vivas a Fernando.* Aún tenemos más seguras noticias de una capa perdida, que puso la plebe en un palo, solicitando su dueño para devolverla, y en efecto se encontró.

Ya se alarga demasiado esta relación para el periódico; en el que podrán ir teniendo lugar otras muchas especies sueltas, y aun las noticias de los días sucesivos, como son la solemne publicación de la guerra contra la Francia, durante la cual se colocó el retrato y el real estandarte en el balcón principal de palacio; las proclamas y versos que se han fijado; las disposiciones que se están dando, y otras cosas a éste tenor.— *J. S. E.*

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602